

I. INTRODUCCIÓN

1. Descripción General

La familia representa el núcleo social más íntimo, es un sistema que no es estático y que tiene dinamismo ya que se mueve a través del tiempo, a través de un curso de vida; a esto se le conoce como ciclo de vida familiar. El ciclo de vida individual ocurre dentro del ciclo de vida familiar, el cual es el primer contexto de desarrollo humano. La familia atraviesa por puntos de transición de una etapa a otra en el proceso de su desarrollo, dentro de los cuales tendrá que pasar por una reorganización para que pueda proseguir dicho desarrollo. Duvall en 1977 dividió el ciclo de vida familiar en ocho diferentes etapas, todas ellas tocan los eventos centrales relacionados con la entrada y salida de miembros de la familia: matrimonio, nacimiento y crianza de los hijos, la salida de los hijos del hogar, jubilación y muerte (Carter y McGoldrick, 1989).

Enfocándonos al cambio sufrido por la pareja se hará referencia a cuando los hijos se van del hogar paterno y la pareja vuelve a estar sola en la etapa del *nido vacío*. Dicha etapa se da cuando la pareja ya está en la adultez media, inicia con la salida de los hijos del hogar y continúa hasta la jubilación, el matrimonio así exige un reencuentro y reestructuración, los lazos maritales vuelven a ganar importancia cuando los hijos ya no están en la casa y las actividades no se centran en ellos, existe mayor tiempo para que las parejas dediquen tiempo a su relación (McCullough, 1984; citado por Carter y McGoldrick, 1989).

La satisfacción marital, fue definida por Nina E. (1985; citado por Burguetle, 1996) como la actitud que tiene la persona hacia su matrimonio, la cual puede ser positiva o negativa dependiendo de cuáles son sus necesidades y de qué manera éstas son cubiertas mediante la relación de pareja. Belskt et al. (1985; citado por Carter y McGoldrick, 1989) afirma que la satisfacción marital tiende a decaer modestamente después del nacimiento del primer hijo y así continuamente, y este decaimiento tiende a ser más pronunciado en las mujeres que en los hombres. Rogers y May (2003) encontraron que la calidad matrimonial es un factor muy influyente, destacando así la importancia de las

relaciones maritales en la vida de los individuos y de la actitud que tienen hacia el matrimonio.

En toda organización social existen roles y el matrimonio no es una excepción ya que se conforma por el rol de esposo y el rol de esposa. Aunque estos roles han cambiado con el paso del tiempo, aún permanece el tradicionalismo que atribuye al esposo el rol de ganar dinero fuera de la casa y actuar como figura de autoridad dentro de la misma, mientras que el rol de la mujer es cuidar del hogar, criar a los hijos y mantener buenos contactos sociales. Sin embargo, cuando ambos esposos trabajan, esta base fundamental de la tradicional división de trabajo entre el esposo proveedor y la madre cuidadora desaparece (Brehm, 1992).

Es por esto que el trabajo y los roles matrimoniales son unos de los aspectos más importantes en la vida adulta y tanto las mujeres como los hombres casados tienden actualmente a compartir en mayor medida responsabilidades económicas y domésticas a través del curso de la vida (Moen, 1992; Spain y Bianchi, 1996; citados por Rogers y May, 2003). Es en el matrimonio cuando ambos miembros deben ser capaces de apoyarse el uno al otro en cualquiera de sus múltiples roles (Brehm, 1992); sin olvidar que el tiempo que comparte la pareja unida es también importante (Surra y Longstreth, 1990; citados por Brehm, 1992). Así Marini (1976; citado por Brehm, 1992) encontró que tanto la cantidad de tiempo que pasan juntos como el número de actividades placenteras que comparten se correlacionan positivamente con la felicidad y satisfacción marital en parejas casadas.

Según Dorsch (1985; citado por Asili, 1995) la calidad de vida puede definirse como el criterio a través del cual la persona juzga en qué medida las circunstancias de la vida aparecen como satisfactorias o insatisfactorias y necesitadas de mejora. Por lo que la persona va a sentir calidad en su vida siempre y cuando las evaluaciones de las circunstancias en las que esté viviendo sean satisfactorias. La calidad de la relación de pareja se relaciona también con la calidad de vida; Campbell y cols (1976; citados por Roizblatt, Rivera, Fuchs, Kaslow, Flores y Cerda, 1999) observaron como resultado de un estudio de la calidad de vida, que la satisfacción marital ocupa el segundo lugar en correlación más alta con la calidad de vida después de la satisfacción con la vida familiar.

Después de todo lo analizado previamente, en este trabajo se pretende encontrar si hay diferencias en la satisfacción marital y la calidad de vida en una muestra de parejas que pasan por la etapa de *nido vacío*; cuando ambos miembros son profesionistas que trabajan y cuando la mujer no trabaja profesionalmente y el hombre si.

2. Familia

2.1 Ciclo de Vida Familiar

Las familias se distinguen de otros grupos humanos en muchos aspectos, como la duración, intensidad y el funcionamiento de sus relaciones. Para los seres humanos la familia constituye el grupo más importante en relación con el desarrollo psicológico individual, interacción emocional y la conservación del amor propio o autoestima. Los miembros de una familia están usualmente unidos por intensos lazos de larga duración de experiencias pasadas, roles sociales, apoyo mutuo, necesidades y expectativas (Rito y Glick, 2002).

La familia representa el núcleo social más íntimo, es un sistema que no es estático y que tiene dinamismo ya que se mueve a través del tiempo, a través de un curso de vida; a esto se le conoce como ciclo de vida familiar. El ciclo de vida individual ocurre dentro del ciclo de vida familiar, el cual es el primer contexto de desarrollo humano. La familia atraviesa por puntos de transición de una etapa a otra en el proceso de su desarrollo, dentro de los cuales tendrá que pasar por una reorganización para que pueda proseguir dicho desarrollo.

Carter y McGoldrick (1989) afirman que como un sistema en movimiento a través del tiempo, la familia tiene diferentes propiedades básicas que la hacen diferente a los demás sistemas. A diferencia de otras organizaciones, las familias incorporan nuevos miembros solo por nacimiento, adopción o matrimonio, y los miembros solo pueden salir del sistema por muerte. Ningún otro sistema está sujeto a estas constricciones. Es así como la familia comprende también todo un sistema emocional que corresponde al menos a tres y ahora más frecuentemente cuatro generaciones. También algo que caracteriza a las relaciones familiares es la continuidad, como lo estipulan Manzini y Blieszner (1989; citados por Allen, Blieszner y Roberto, 2000).

Las familias son un factor central en el desarrollo del transcurso de la vida. Las transiciones hacia dentro y fuera de las familias caracterizan este movimiento a través del ciclo vital; estas evoluciones pueden incluir la adopción de roles familiares en la transición a la adultez, interrupción marital, la reformación durante la vida media, vuelta a la soltería acarreada por la muerte de algún esposo, la llegada de nuevos hijos, nietos, entre otros. Así la familia como un ser social tiene interrelaciones dentro de ella, roles dinámicos, relaciones con la sociedad, así como una estratificación social (MacMillan y Copher, 2005).

El ciclo de vida familiar inicia con el matrimonio de la joven pareja; continua a lo largo de los años reproductores hasta la crianza de los hijos y cuando éstos se van del hogar, dejando a la pareja sola y junta otra vez; finalmente termina con la inevitable muerte del algún cónyuge (Hesse-Biber, Sharlene y Williamson, 1984).

Carter y McGoldrick (1989) propusieron un modelo de ciclo de vida familiar que consta de seis etapas: 1. entre familias: el adulto joven libre; 2. la unión de familias por el casamiento: las parejas de recién casados; 3. la familia con hijos muy pequeños; 4. la familia con adolescentes; 5. dejar ir a los niños y seguir adelante; y 6. la familia en la vida posterior. Cada etapa es definida por el asunto de una generación o un miembro de la familia (Combrinck-Graham, 1985).

Duvall en 1977 dividió el ciclo de vida familiar en ocho diferentes etapas; son las más aceptadas y todas ellas tocan los eventos centrales relacionados con la entrada y salida de los miembros de la familia: matrimonio, nacimiento y crianza de los hijos, la salida de los hijos del hogar, jubilación y muerte. Los síntomas y conflictos tienden a ocurrir cuando hay una interrupción o dislocación en el despliegue del ciclo de vida familiar (Carter y McGoldrick, 1989).

De acuerdo con Broderick (1992) hoy en día es de conocimiento general que cada vez menos de la mitad de todas las familias pasan por estas etapas clásicas sin desviación alguna. Un gran número inician sus familias antes del matrimonio, muchos nunca tendrán hijos, en otros casos los hijos mueren o abandonan el hogar aún siendo muy jóvenes. Pero por mucho, los mayores interruptores de este ciclo estandarizado son el divorcio y segundas nupcias.

Los lazos familiares se han vuelto más flexibles y menos predecibles, redefiniendo así los límites y obligaciones del parentesco (Best, 1981).

Aún ya en 1983, Etzkowitz y Stein reconocieron que un número creciente de adultos no seguían el patrón establecido del ciclo de vida de: educación, carrera, matrimonio, paternidad y jubilación. Tres nuevos patrones emergían a mitad de los años setenta y desde entonces han prevalecido en la sociedad: a) acuerdos alternativos de vivienda que incluyen el divorcio, padres/madres solos divorciados y segundas nupcias; b) experimentación de un acuerdo no tradicional que lleva a un acuerdo tradicional; y c) soltería voluntaria, acuerdos consensuales y padres/madres solteros por voluntad. Las tendencias subsiguientes incluyen: elección de no tener hijos, parejas del mismo sexo y familias mezcladas (ambos padres divorciados que se vuelven a casar, incluso por segunda y tercera vez) (McGregor y Ellison, 2003).

Combrinck-Graham en 1985 sugirió poner énfasis en las oscilaciones entre los períodos centrípetos y centrífugos del desarrollo familiar, enfatizando experiencias de vida como el nacimiento o enfermedades, que requieren una unión y primacía de las relaciones (períodos centrípetos), y otras experiencias como el iniciar la escuela o un trabajo nuevo, que demandan un enfoque en la individualidad (períodos centrífugos) (Carter y McGoldrick, 1989).

Un estudio del desarrollo familiar realizado por Combrinck-Graham (1985) describió los procesos multigeneracionales de la familia en términos de periodos alternantes de contracción y expansión. Existen diversas teorías acerca del ciclo de vida familiar o el desarrollo familiar; sin embargo todos concuerdan en la conexión que existe entre ciertos aspectos de la vida familiar y sus cambios, y de los sentimientos que éstos generan en la vida de cada uno de los miembros de la familia (Large, 1989).

A la vez en que tres o cuatro generaciones de una familia transcurren juntas en el tiempo, cambiando dentro y a través de las mismas; y a la vez que cada generación y cada individuo viven una trayectoria de desarrollo única, toda la constelación familiar se ve afectada por distintos eventos ya que gana y pierde miembros con el tiempo. Cuando hay una pérdida, siempre existe un vacío correspondiente en el sistema. Ira, pena, dolor, alivio, vacío y otras reacciones emocionales ocurren dentro de cada miembro individual de la

familia y es cuando un proceso de ajuste cambia a la familia entera (Large, 1989).

De esta manera en una familia las vidas y relaciones que se originan dentro de ella están íntimamente ligadas. Así, rige el principio de que otros, ya sean los hijos, los esposos, los padres, tienen la capacidad de ejercer una considerable influencia en las experiencias y logros individuales de los demás durante el ciclo de la vida. Los roles, configuraciones de rol y trayectorias en el curso de la vida se desdoblaron como parte de un complejo sistema que envuelve otros cursos de vida (MacMillan y Copher, 2005).

Diferentes etapas de la vida se asocian al empleo de diferentes conjuntos de recursos y limitaciones. De igual manera las distintas etapas que experimentan las personas dentro del ciclo de vida familiar demandan la utilización e incluso la adopción de nuevos recursos para hacer frente a las nuevas experiencias que se presentan; todo esto implica un cambio y un desarrollo (Hesse-Biber y Williamson, 1984).

El sistema familiar representa una totalidad, que como tal permanece en un funcionamiento constante. Los patrones de la conducta individual surgen e inevitablemente se retroalimentan de las complejas interacciones que tienen lugar dentro del sistema familiar. Desde la perspectiva del sistema familiar las modificaciones en la extensa unidad marital y familiar pueden por lo tanto generar consecuencias positivas y negativas para los miembros individuales así como para el sistema más grande (Rito y Glick, 2002).

Como ser social el sistema familiar interactúa constantemente con otros sistemas y procesos. Existe un continuo entre el sistema intrapsíquico, el sistema familiar interaccional y el sistema sociocultural. Es así como el sistema familiar está inmerso y es influenciado por otros sistemas; siempre hay una relación entre las partes de una totalidad y el contexto en que los eventos ocurren. Von Bertalanffy (1976; citado por Rito y Glick, 2002) apoya con su teoría general de sistemas este concepto, al hacer referencia a que un sistema es un conjunto de elementos interrelacionados.

Las familias como se mencionó anteriormente tienen la habilidad de pasar satisfactoriamente de una fase específica de desarrollo a otra dentro del ciclo de vida familiar. A pesar de esto muchas veces una familia se encuentra

más capacitada para hacer frente a los retos de una etapa más que a los retos de otra (Rito y Glick, 2002).

Para el propósito de este trabajo se hará referencia dentro del ciclo de vida familiar a la etapa del *nido vacío*. Ya que representa, como todas las etapas, un proceso de cambio, desarrollo y adaptación que se ve afectado por otros sistemas, que a su vez influyen en la consecución satisfactoria de esta etapa.

2.2 Nido Vacío

Al paso de los años de manera natural el matrimonio progresa emocionalmente a través de una serie de puntos críticos. Estos puntos nodales ofrecen los mejores tiempos, quizá los únicos tiempos, en que la pareja puede modificar su relación o reprogramar el termómetro emocional de su matrimonio. Un ejemplo de estos puntos nodales son la luna de miel, el embarazo, nacimiento de los hijos, el síndrome de los diez años, infidelidad, divorcio y el síndrome del *nido vacío*; por motivos de este estudio se dará énfasis a la etapa del *nido vacío* (Whitaker et al. 1976; citados por Sholevar, 1986).

Fue en el siglo XX, cuando por primera vez en la historia, un número substancial de personas experimentaron la etapa *del nido vacío* en el ciclo de vida familiar que se inicia cuando el último hijo abandona el hogar. Esta etapa post-parental ha aumentado considerablemente a causa del aumento en la longevidad; por lo cual en el momento en que los hijos se van, los padres aún están en una edad bastante productiva y aptos para continuar o reiniciar su desarrollo (Hesse-Biber y Williamson, 1984).

Dicha fase representa una transición de la vida con hijos a una etapa sin hijos, en la que la pareja debe retomar su interacción y propio sentido ya que los hijos ya no requieren de su cuidado. Si la pareja no se mantiene unida, reafirmando su crecimiento juntos, compartiendo actividades que sean agradables para ambos y acrecentando el tiempo que comparten juntos, entonces el lazo que los une se ira debilitando en los años venideros y por consiguiente la satisfacción marital disminuirá (Arp, 2000).

Reiterando lo anterior, Farne y Cols (1987) mencionan que las parejas deben estar preparadas para enfrentar también lo árido de su matrimonio, sin embargo, muchas de ellas lo encuentran sin sentido una vez que la paternidad ha finalizado. Ya que apenas ven un objetivo en común por el cual esforzarse y por el cual mantenerse unidos

Es por ello que la etapa del *nido vacío* puede representar una transición desgarradora para los padres. Cuando los hijos aún están en casa muchos padres caen en la trampa de descuidar su relación como pareja; cuando los hijos se van del hogar, el espacio que los hijos ocupaban entre los esposos desaparece, haciendo necesaria una renegociación de la relación de pareja. Se debe planear pasar tiempo juntos para redescubrir su relación (Coleman, 2006).

Este periodo conlleva mucho miedo ya que acarrea el sentimiento de rendimiento, de que la vida termina. El impacto de cambio en la vida de las parejas que pasan por esta etapa es siempre mayor al que esperaban, sin importar que tan cuidadosamente hayan planeado todo (Whitaker et al. 1976; citados por Sholevar, 1986).

Esto es debido a que la vida ya no está estructurada de acuerdo a las necesidades y demandas de otras personas: los hijos. Cada miembro de la pareja es libre de hacer exactamente lo que deseé con su tiempo, invertir el tiempo libre en nuevas actividades, viajar, aprender algo, trabajar. A la vez, puede invadirlos tanto el sentimiento de inutilidad por no sentirse indispensables, como el sentimiento de reencuentro con su pareja al vivir una especie de segunda luna de miel. Cada uno puede vivir con mayor espontaneidad para sí y para con su pareja, enriqueciendo así la relación (Whitaker et al. 1976; citados por Sholevar, 1986).

Cuando ocurre una transición en la vida, como lo es el *nido vacío*, la gente frecuentemente siente temor por una posible pérdida de control de la situación. Las personas han invertido tiempo y energía en el sistema viejo y pueden resentir el hecho de tener que reaprender cosas y reprogramarse a ellos mismos para enfrentar una nueva etapa. Sin embargo, las transiciones de la vida pueden representar una oportunidad para desarrollar aspectos de la vida que habían sido negados o relegados, para clarificar prioridades, para reevaluar las asunciones acerca de uno mismo y para adoptar el lema de “elegí

hacer esto en lugar de tengo que hacer o no puedo hacer esto” (McGregor y Ellison, 2003).

Arp (2000) observó a lo largo de sus investigaciones y seminarios que los matrimonios siguen distintos patrones en los cuales varía el grado en que logran con éxito reenfocarse en la relación en lo que se conoce como la segunda mitad del matrimonio, haciendo referencia al *nido vacío*. Distingue así el “matrimonio de dos jets” en el cual la pareja ha logrado desprenderse satisfactoriamente de los hijos continuando su propia vida pero contrariamente reenfocándose en sus trabajos y otras actividades. Es por esto que hace la semejanza con los jets o avionetas, ya que los esposos parecen dos avionetas que llevan diferentes vuelos pero que comparten la misma suspensión.

Estos matrimonios llevan así vidas paralelas pero comparten un mismo hogar; pasan menos tiempo juntos que cuando los hijos estaban en casa. Por lo tanto es importante recordar que el matrimonio es un equipo y cuando ese equipo se mantiene unido, aún cuando los hijos se han ido del hogar, entonces las parejas tienden a ser menos competentes, el poder y el control pasan a planos secundarios, no pensando en “quien esta haciendo que” sino en “qué están haciendo y logrando juntos” (Arp, 2000).

Así lo muestran algunos estudios en los que se ha observado también que la mayoría de las parejas cuando se encuentran de nuevo juntos sin ningunas distracciones, redescubren su potencial y suelen reinvertir tiempo en su relación (Broderick, 1992).

Los lazos maritales vuelven a ganar importancia cuando los hijos ya no están en la casa y las actividades no se centran en ellos, existe mayor tiempo para que las parejas dediquen tiempo a su relación (McCullough, 1984; citado por Carter y McGoldrick, 1989).

El estudio de los efectos de la etapa o *síndrome del nido vacío* en las mujeres se ha venido estudiando tiempo atrás. Así, cuando dicho término fue acuñado en generaciones pasadas, hacía referencia a los síntomas de crisis de identidad y depresión asociados con la partida del último hijo de la madre del hogar. Cientos de artículos en revistas populares y docenas de libros y journals en las escuelas analizaban los efectos de la “pérdida de función” que ocurría cuando las madres de tiempo completo se encontraban de pronto desempleadas, sin las habilidades requeridas para encontrar una posición en el

marco laboral y sin el valor de regresar a la escuela para adquirir dichas habilidades (Broderick, 1992).

Las mujeres pueden experimentar una crisis de sentido cuando sus días de maternidad activos quedan detrás de ellas; cuando su rol principal ha sido perdido. La depresión es común y es más prevalente entre mujeres que han hecho su compromiso más profundo con la maternidad y las labores domésticas (Hesse-Biber y Williamson, 1984).

En los años noventa surgió una perspectiva que aclaraba que el *nido vacío* representaba una enfermedad particular de una cierta generación de mujeres que no estaban comprometidas con otras actividades, aunque estas no estuvieran relacionadas con la fuerza laboral; era particular de mujeres que estaban completamente atadas a la maternidad y no se involucraban en otras actividades (Broderick, 1992).

Powell (1977) realizó un estudio con mujeres en aras de los 60 años, que llevaban 35 años fuera de la universidad, todas ellas eran casadas y pasaban por la etapa del *nido vacío*. Descubrió que las mujeres que trabajaban tiempo completo presentaban menos síntomas que las mujeres que no trabajaban, ocupando un lugar intermedio aquellas mujeres que trabajaban medio tiempo.

Black y Hill (1984) realizaron un estudio con mujeres casadas de un nivel socio-económico medio alto y con educación media que pasaban por la etapa del *nido vacío*. Encontraron que estas mujeres aparentaban ser felices a pesar de su status laboral, edad, status socio-económico, nivel educativo, actitud del marido, estresores de la vida, y síntomas de la menopausia. Al parecer así, la transición por la etapa del *nido vacío* no se acerca nada a ser un problema universal para las mujeres de edad media bien educadas.

De acuerdo a algunas investigaciones se ha establecido actualmente el punto de que el *síndrome del nido vacío* está pasado de moda para las mujeres modernas (Broderick, 1992). Esto se debe a que las mujeres encuentran más tiempo y energía para dedicar a su desarrollo personal, se sienten deseosas de disfrutar sus propias capacidades. Se dice que es una fase de desarrollo importante para las mujeres, que encierra una libertad para desarrollar una identidad personal (Hesse-Biber y Williamson, 1984).

Resulta paradójico que un estudio haya observado el efecto del *síndrome del nido vacío* entre los padres ya que la mayoría de la atención se ha prestado a las madres. Dicho estudio fue realizado por Lewis en 1979, quien encontró que los padres, que sufrían cuando sus hijos abandonaban el hogar, eran aquellos que poseían personalidades de cuidado y se encontraban en matrimonios insatisfechos. Explica que el motivo del sufrimiento para estos padres se debe a que sus hijos eran los miembros de la familia a los que estaban más unidos y la relación que encuentran menos recompensada y satisfactoria continúa frente a ellos. Sin embargo esta fue la situación de una minoría de los padres estudiados (Broderick, 1992).

Sheehy (1974) menciona que es cierto que por el alejamiento de los hijos esta etapa es difícil para la mujer. Pero no es ella sola quien experimenta una pérdida; también el hombre la sufre y es una pérdida bastante grande. Habla de que la ternura de los hombres comienza a fluir precisamente en el momento en que los hijos comienzan a distanciarse. Tienen el deseo de compartir con los hijos mayor tiempo, por el que no convivieron durante los años anteriores (Sheehy, 1974).

Como otra fase del ciclo de vida familiar, el *nido vacío* es considerado un estado de transición más que un estado duradero por el que atraviesa la pareja (Harkins, 1978). Su enfrentamiento implica un desarrollo de nuevos aspectos, una clarificación de prioridades, un reencuentro y reestructuración.

3. Matrimonio

3.1 Aspectos Generales del Matrimonio

Perlman y Fehr (1987; citados por Brehm, 1992) definen una relación íntima por tener una o más de las tres características siguientes: comportamiento interdependiente, necesidad de realización y apego emocional; que son los sentimientos de amor y afecto hacia la otra persona. La conducta interdependiente hace referencia al mutuo impacto que los compañeros de la pareja tienen entre sí (Berscheid y Peplau, 1983; citados por Brehm, 1992).

La Intimidad en las relaciones representa el cuidar una relación sin pretensión, dejarse ver tal y como cada uno es sin pensar en quien va a ganar

o perder. Es dar y recibir, un intercambio que aumenta con el tiempo ya que facilita el conocimiento mutuo de las diferencias y similitudes. Es pertenecer mutuamente, apreciando la unicidad de cada individuo; la intimidad alienta la continuidad, es como la energía que sustenta al ser humano a través del tiempo (Carter y McGoldrick, 1989).

En una relación interdependiente e íntima las vidas no se llevan en dirección paralela sino que están entrelazadas; cuando las relaciones son interdependientes, el comportamiento tiene implicaciones tanto para el compañero como para uno mismo. Así una relación íntima cubre las necesidades de ambos miembros (Berscheid y Peplau, 1983; citados por Brehm, 1992).

Weiss (1969; citado por Brehm, 1992) sugirió que las personas poseen cinco necesidades psicológicas importantes que sólo pueden ser satisfechas a través de las relaciones interpersonales:

1. Necesidad de intimidad: alguien con quien compartir los sentimientos libremente.
2. Necesidad de integración social: alguien con quien se compartan las preocupaciones y asuntos.
3. Necesidad de cuidar: alguien a quien se pueda cuidar
4. Necesidad de asistencia: alguien que nos ayudara a salir adelante
5. Necesidad de reafirmar el propio valor: alguien que nos diga que somos importantes.

Las relaciones reciben mucha atención porque, para la mayoría de las personas, sus relaciones con la gente que quieren y por la que tienen interés, son un aspecto central en sus vidas como: una fuente de gran alegría cuando las cosas van bien y como una causa de gran pena y de desilusión cuando las cosas van mal (Brehm, 1992).

La pareja es considerada el núcleo de la familia, se puede decir que ésta se constituye en base a las normas de una sociedad y que se denomina matrimonio (Asili et al., 1995)

La compatibilidad y la sensación de hacer “buena pareja” forman una base para la decisión de las personas de comprometerse en matrimonio. Es por esto que el matrimonio es una institución que se encuentra en casi todas las sociedades (Crooks y Baur, 2000). Esta alianza tiende a ser malentendida

según Carter y McGoldrick, 1989) como una unión de dos individuos. Sin embargo menciona que lo que realmente representa es el cambio de dos sistemas enteros y la superposición de ambos para desarrollar un tercer sistema.

Así, para muchas personas el matrimonio es la máxima expresión de una relación íntima: es un voto público de la intención de establecer una relación de por vida (Brehm, 1992). Whitaker et al. (1976; citados por Sholevar, 1986) afirman que el aspecto legal del matrimonio es formalizado a través de una ceremonia; la cual valida en forma legal y social esta nueva unión que planea la máxima estabilidad a través de la interacción armoniosa de los valores, costumbres y hábitos de cada uno. El compromiso hacia cualquier relación implica la aceptación de un contrato social que une o entrelaza a los dos individuos en una serie de obligaciones y derechos (Skolnick, 1977).

Para la mayoría de las familias, el subsistema formado por el matrimonio “constituye la base normativa para la estabilidad de la familia y continuidad en la familia nuclear” (Nichols y Everett, 1986; citados por Nichols y Pace-Nichols, 1993).

Incluso Howirtz, White y Howell-White (1996) afirman que en general, las personas casadas son por lo común más felices y sanas, tanto en el aspecto físico como psicológico, que las no casadas. En la misma línea otras investigaciones en torno a la relación entre el matrimonio y el bienestar personal (felicidad, satisfacción en la vida, moral, sentimientos positivos y bienestar general) confirman la creencia en los beneficios del matrimonio. Ya que las personas casadas son más felices que aquellas quienes nunca se han casado, están separadas o divorciadas, o están viudas (Campbell, 1981; Veroff, Douvan y Kukla, 1981; Wilson, 1967; citados por Brehm, 1992), tienden a ser más saludables y a vivir más tiempo (Berkman y Syme, 1979; citados por Brehm, 1992).

Existen investigaciones que señalan que el matrimonio promete una compañía regular, gratificación sexual, un compromiso amoroso y duradero y opciones de paternidad, todo en la seguridad de una institución social legítima (Crooks y Baur, 2000).

En otras épocas, el matrimonio cumplía la función principal de proporcionar un medio económico y socialmente estable en el que pudiera

criarse a los hijos. El “romance” con frecuencia se minimizaba. No obstante las parejas contemporáneas con frecuencia esperan que su matrimonio les proporcione algo más que una unidad estable para educar a los hijos. La mayoría de la gente se casa con cierta esperanza o determinadas expectativas de satisfacer sus necesidades financieras, sociales, sexuales, emocionales y tal vez paternas. Además muchas personas confían en que la felicidad es al menos un resultado posible, incluso automático, del matrimonio. Estas grandes expectativas a menudo son difíciles de cumplir (Crooks y Baur, 2000).

Otros arguyen un distinto punto de vista mencionando que una manera sobresaliente de crecer es a través del matrimonio, sin embargo, dicen que esta relación es dolorosa y demandante. Ambrose Bierce (1906) en su “Diccionario del Diablo” dice que el matrimonio es el estado de una comunidad formada por un amo, un ama y dos esclavos, todos los cuales suman dos. Menciona que la tensión en el matrimonio es terrible, pero que la otra única cosa peor es estar soltero (en Sholevar, 1986).

John Rawls (1971; citado por Skolnick y Skolnick 1977) enumera tres ideales para cualquier contrato social como lo es el matrimonio: libertad, equidad y fraternidad. La libertad la explica en términos de que el matrimonio no se debe mantener a base de fuerza ya que hay confianza y amor de por medio que permite a ambos miembros moverse libremente en armonía, interactuar, estando siempre compenetrados. La equidad se refiere a que no debe existir control de uno sobre otro, cada uno tiene la libertad de amarse mutuamente en igual manera. Por último la fraternidad opera en el modo en que cuando dos personas se unen en compromiso y en intercambio mutuo, siempre debe de existir apoyo cuando cada uno lo requiera, un compañerismo.

Whitaker et al. (1976; citados por Sholevar, 1986) establecen la existencia de tres sistemas maritales y mencionan que cualquier pareja bien establecida, en cualquier momento de su vida encajará en alguna de estas categorías:

1. Estable: mantiene un sistema homeostático que ante cualquier problema encontrará solución. Existen dos tipos de sistemas estables a) estable y muerto, el cual se mantiene estático y sin significado, la pareja mantiene una relación “congelada” por mutua cortesía u hostilidad, por eso recibe

el nombre de sistema muerto, b) estable y en crecimiento, en el cual se permite la expresión y fluctuación de emociones entre la pareja

2. Inestable y creciente: este tipo de matrimonio tiene las condiciones necesarias para un continuo crecimiento individual y crecimiento en matrimonio. La pareja tolera fluctuaciones emocionales altas estableciendo sus propios límites.
3. Caos de estancamiento: este tipo de matrimonio es el opuesto al estable y muerto. En él, el sistema carece de límites bien definidos y los miembros de la pareja se encuentran encerrados en interacciones que no producen crecimiento alguno.

Por su parte, Cuber y Harroff (citados por Gardillo, 2000) clasifican a los matrimonios en cinco tipos:

1. Matrimonio habituado al conflicto: se caracteriza por tensión y diversidad de conflictos.
2. Matrimonio desvitalizado: aquí aparece la insatisfacción ya que puede haber diversidad en cuanto a los intereses y actividades en la pareja.
3. Matrimonio que congenia en forma pasiva: en este matrimonio existen las ganas de compartir actividades e intereses en pareja; es una relación placentera pero puede existir también una interacción distante.
4. La relación vital: en esta relación la pareja trabaja en conjunto, es un matrimonio satisfactorio en donde la mayoría de las actividades son compartidas.
5. Matrimonio total: este tipo es similar al anterior pero aquí todas las actividades son compartidas además de que el uno es indispensable para el otro en todos los aspectos.

El ciclo de vida marital tiene sus propias etapas que lo hacen distinto al ciclo de vida familiar y al ciclo de vida individual. A continuación se hará referencia a dichas etapas que son propias de las parejas cuyo matrimonio no ha sido disuelto por divorcio o por la muerte de un compañero. De esta manera Rodgers en 1962 definió las siguientes cuatro etapas del ciclo de vida matrimonial:

Etapas 1- El Principio: Cortejo y Casamiento, separarse de las familias de origen para establecer una identidad en pareja, desarrollando una relación afectiva y sexual mutuamente satisfactoria.

Etapa 2- Los Primeros Años: Expandiendo la Base, implica el adaptarse, asentarse en el matrimonio, relacionarse y tomar un lugar en la familia de la pareja, expandiendo así los contactos con la familia exterior.

Etapa 3- Los Años Medios: Afirmación y Preparación, consiste en afirmar la integridad de la relación y prepararse para los años venideros; manteniendo una unión sólida.

Etapa 4- Los Años Posteriores: Consolidación y Celebración, conseguir un equilibrio en la vida entre las satisfacciones logradas y los potenciales y los fracasos venideros, incluyendo la jubilación y prepararse para los últimos años de vida (Nichols y Pace-Nichols, 1993).

3.2 Roles en el Matrimonio

Tradicionalmente se atribuyó al género masculino y femenino un rol, y la identificación con ese rol influye en el comportamiento que cada uno adquiere (ej: el que el padre provea seguridad económica a la familia). El motivo de esta atribución de conductas e identificación con un determinado papel es debido a que las expectativas de rol están claramente definidas; la identidad del hombre y la mujer han sido rotundamente establecidas por la sociedad y la cultura (Maurer et al. 2001, citado por Maurer y Pleck, 2006).

La sociedad define lo que es ser hombre y lo que es ser mujer, ajustando las esferas, campos o espacios de acción de cada género; imponiendo una división de las actividades que corresponden a cada uno y asignando los valores a las actividades femeninas y masculinas (González, 1998).

En investigaciones referentes al curso de la vida, prima la noción de que el desarrollo humano implica una concepción de roles sociales a lo largo de la vida. Un rol designa así la posición que un individuo ocupa dentro de una institución social, como pueden serlo la familia, la escuela y el trabajo entre otros. De esta manera los individuos están inmersos en o atados a roles sociales distintos que implican comportamientos o conductas rutinarias asociadas a ellos, expectativas de comportamiento y recursos socialmente definidos (Parsons y Shils; Stryker, 1980; citados por MacMillan y Copher, 2005).

En este mismo sentido Coverman (1985; citado por Presser 1994) menciona que las actitudes de rol de género o ideologías de rol resultan de la intensa socialización brindada por los padres, maestros y la sociedad en general acerca del comportamiento apropiado de hombres y mujeres; estructurando así diferencias para cada género.

En muchas sociedades se espera de modo tradicional que el hombre provea un hogar físico, comida y vestido para su familia; mientras que la mujer se espera que aporte nutrición, que enseñe a los hijos habilidades interpersonales, que aporte soporte emocional a la familia y que atienda las necesidades diarias de los miembros de la misma. La noción de lo que es un comportamiento apropiado para cada sexo está tan profundamente arraigada a la cultura que la mayor parte de las personas nos conformamos con los roles de género esperados sin siquiera pensar en ello (Benokraitis, 1996)

Incluso en la relación marital existen dos tipos de conducta que ocurren día con día; de las cuales una está más relacionada con el hombre y otra con la mujer: conductas instrumentales y conductas afectivas. En donde las conductas instrumentales, se refieren a las conductas que ayudan a que el matrimonio sobreviva como una unidad social y económica y a que la familia esté segura. Siendo los hombres los que perciben que su satisfacción proviene de tal conducta ya que son procreadores, protectores y proveedores. Las conductas expresivas o afectivas, son las que mantienen la atracción interpersonal entre la pareja, a través de la aceptación, afecto, apoyo y aprobación y las que proveen soporte emocional y cualidades de cuidado que sostienen la unidad familiar. En donde la mujer es la que relaciona tales conductas con su satisfacción (Benokraitis, 1996).

Benokraitis (1996) también afirma que aunque durante gran parte de la vida adulta las actividades estén separadas por el sexo de cada persona, desde hace ya 20 años esto ha venido cambiando, ya que ahora los hombres y las mujeres se permiten llevar a cabo múltiples roles dentro del hogar, en el trabajo y en la vida diaria.

A través del tiempo los roles y recursos del hombre y de la mujer han cambiado; y en la actualidad un tema que ha ganado importancia en el ámbito de la familia y del trabajo son las implicaciones de manejar múltiples roles (de trabajador/a, esposo/a y ser padre o madre) en la salud mental de los

individuos y en la calidad de sus relaciones familiares (Perry-Jenkins, Repetti y Crouter, 2000).

En la literatura más nueva sobre los múltiples roles se ha enfatizado la “hipótesis expansionista” la cual sostiene que tener múltiples roles brinda recompensas, tales como: ingreso monetario, aumento de la autoestima, el poder de delegar obligaciones, brinda oportunidades para las relaciones sociales y los retos que aportan mayor energía a las personas. Desde esta perspectiva, la calidad de rol y la combinación con otros roles realza el significado de vida y el bienestar (Barnett, Marshall y Pleck, 1992; citados por Perry-Jenkins et al. 2000).

De este modo el rol de la mujer y el hombre en la familia han sufrido grandes cambios a través de las últimas décadas. La tradicional familia nuclear, compuesta por la madre ama de casa y el padre proveedor, es una realidad para sólo una fracción de las familias en la actualidad. Este cambio se ve reflejado ahora en el incremento del número de mujeres, particularmente madres, que trabajan y tienen ingresos (Spain y Bianchi, 1996; Sweet y Bumpass, 1987; citados por Artis y Pavalko, 2003).

Aunque la labor de proveer bienes financieros, de llevar el dinero a la casa y a la familia, ha sido tradicionalmente papel de los hombres (Aryee & Luk, 1996; citado por Maurer y Pleck, 2006) las mujeres se han ido involucrando cada vez más en esta labor (Hochschild & Machung, 1989; citado por Maurer y Pleck, 2006). A su vez también, el cuidado de los hijos, el cual ha sido un papel que tradicionalmente desempeñan las madres, se ha visto ocupado también por los padres (Aryee & Luk, 1996).

Muchas parejas luchan por una equitativa distribución de las responsabilidades familiares tales como la organización, planificación, dirección de la casa, la organización de las actividades de los niños y el cuidado de la familia (Deutsch, 1999; Risman, 1998 citados por Matta y Knudson-Martin 2006).

En el mismo contexto Doherty, Kouneski y Erickson (1998; citados por Walker y McGraw, 2000) afirmaron que el matrimonio juega un papel muy importante en la participación de los esposos en diversos aspectos del hogar; principalmente cuando tienen esposas empleadas. Reportaron que los hombres con esposas empleadas realizan una mayor proporción de actividades

parentales y del hogar en mayor medida que los hombres que tienen esposas que no trabajan.

Esta visión más igualitaria de género conlleva a una redefinición del comportamiento esperado de las mujeres por la sociedad, alienta una reducción de los estándares de labor doméstico y por lo mismo a una menor participación de mujeres en las labores del hogar. Estos cambios se han visto reforzados por el menor tiempo disponible para el trabajo doméstico que poseen las mujeres que tienen un trabajo que les aporta ingresos monetarios. Por esta razón el porcentaje del número de horas que las mujeres dedican al hogar y la familia ha ido decayendo y ha generado por consiguiente que los hombres se involucren un poco más en las labores del hogar (Gershuny y Robinson, 1988; citados por Presser, 1994). Incluso las esposas que desempeñan una profesión tienden a ver el trabajo doméstico como tedioso en comparación con las esposas que tienen otras actividades; en contraste con la satisfacción que les genera su trabajo (Presser, 1994).

De entre los muchos papeles maritales que enfrentan las parejas, el acuerdo y la satisfacción con las labores del hogar (toma de decisiones, crianza de los hijos y cuidado del hogar) resultan ser uno de los roles que ganan más relevancia (Whisman y Jacobson, 1989).

Elder (1985; citado por MacMillan y Copher, 2005) afirma que el ciclo de vida se caracteriza por el concatenamiento de múltiples trayectorias de rol; las cuales comulgan en una interdependencia e interconexión. Es por esto que los múltiples roles sociales deben ser reconocidos ya que cualquier rol es dependiente sobre la presencia o ausencia de otros roles.

3.3 Matrimonio y Trabajo

Las sociedades post-industriales han experimentado cambios profundos en las pautas de empleo, llevando a una mayor diversidad en las horas de trabajo, tiempos de trabajo e igualdad de género en el trabajo. Se ha incrementado el trabajo de las mujeres fuera del hogar, especialmente en mujeres casadas; consecuentemente se acrecentó el número de matrimonios donde ambos esposos trabajan. Por esta razón los horarios de trabajo pasan a ser determinantes sobre el tiempo disponible que tiene la pareja para dedicar a la familia o el hogar (Presser, 1994).

Elder (1985; citado por Mcmillan y Copher, 2005) afirma así que el ciclo de vida no se define por las transiciones o trayectorias de una persona, sino que se caracteriza por la interrelación de múltiples trayectorias de rol.

La transición al matrimonio representa una dimensión nueva donde se unen dos vidas, los ciclos de vida del esposo y la esposa se vuelven interdependientes, y las consecuencias en la vida de uno afectan así a la vida del otro. Por ejemplo, la unión de dos vidas a través del matrimonio en general produce un cambio en la naturaleza de la participación en el trabajo. Para las mujeres, el matrimonio y la maternidad representan un retiro del trabajo de tiempo completo. Aún cuando el trabajo se mantiene, la mujer casada suele limitar su empleo y acomodarlo al tiempo del trabajo del esposo (Blossfeld y Hakim, 1997; citados por Macmillan y Copher, 2005).

Para los hombres contrariamente, el matrimonio incluso aumenta su participación en la fuerza laboral, incrementando las horas de trabajo, ocupaciones de prestigio y logrando mayores ahorros. Sin embargo las parejas tienden a sincronizar ya sea la transición fuera del campo laboral o cambios en el horario del mismo (Nock, 1998; citado por Macmillan y Copher 2005).

Investigaciones en el tema sobre el trabajo y la familia ponen de manifiesto que en vista del decremento salarial de los hombres, el incremento de las mujeres en el campo del trabajo frecuentemente ha permitido a las familias mantener un estándar de vida bueno (Perry-Jenkins, Repetti y Crouter, 2000).

Así, Best (1981) estableció que se ha modificado la idea del rol del género tradicional y ha aumentado el número de mujeres que trabajan fuera del hogar; esto ha conllevado a que las parejas lleven a cabo un delineamiento o reasignación de la cantidad y la planificación del espacio de su tiempo de trabajo.

En años recientes son más prevalentes los matrimonios donde ambos miembros trabajan; familias con ambos cónyuges trabajando representan el patrón de familia más común (Fouad & Tinsley, 1997; Hansen, 1997; citados por Perrone y Worthington, 2001). Sin duda, una ventaja evidente de tener dos ingresos económicos en la familia es una mejor calidad de vida; y altos niveles de ganancias económicas tienen un impacto directo y positivo en la satisfacción con la vida familiar (Belle, 1999; citado por Perrone y Wrothington, 2001).

Otros efectos positivos del trabajo son la oportunidad del desafío, el control, retroalimentación positiva, autoestima y proporciona buenos lazos sociales (Baruch, Biener y Barnett, 1987).

Nock (2001; citado por Raley, Mattingly y Bianchi. 2006) afirma que las parejas se están moviendo rápidamente hacia la dirección igualitaria de la aportación económica en el hogar; matrimonios donde cada esposo contribuye con el 40%-59% del ingreso familiar. Este movimiento hacia la mutua dependencia económica es en realidad una tendencia al pasado.

Históricamente, los esposos y esposas dependían mucho el uno del otro para sacar adelante cualquier negocio. Sólo a mediados del siglo 20 las parejas hicieron más énfasis en la diferenciación de los roles familiares. Los hombres eran los que aportaban dinero a la familia. Esto cambió dramáticamente en los años setentas y ochentas con la reestructuración económica que limitó las oportunidades y salarios de los trabajadores menos educados, hombres en particular, y el movimiento de los Derechos Civiles aumentó las oportunidades de empleo y salario para las mujeres y minorías (Nock 2001; citado por Raley, Mattingly y Bianchi. 2006).

Zimmerman et al. (2001 citados por Matta y Knudson-Martin 2006) entrevistaron a 47 parejas de clase media donde ambos miembros trabajaban y aportaban dinero a la casa. La mayoría de las parejas reportaron que luchar o esforzarse por una igualdad en el matrimonio era crítico para lograr un exitoso balance entre la familia y el trabajo. Sin embargo, al mismo tiempo la mayoría reportó que las esposas seguían ocupando el papel primordial en cuanto a la organización familiar.

La participación en la fuerza laboral de la esposa es un factor muy importante para la satisfacción marital, ya que se ha visto que cuando el status del empleo es alto, así como la remuneración económica en la mujer, el hombre tiende a estar menos satisfecho (White, 1983; citado por Margalef, 2006).

Esto se debe a que al aportar la mujer ingresos al hogar y al poseer mayores recursos, ésta se puede ver impulsada a iniciar cambios en las relaciones de poder, especialmente en la división de trabajo del hogar y en los papeles conyugales (Blood y Wolfe, 1960; Blumstein y Schwartz, 1983; citados por Rogers y DeBoer, 2001).

Sin embargo, en otro artículo basado en datos longitudinales, no se encontró evidencia alguna de que el incremento del sueldo de la esposa elevara la insatisfacción marital. Por el contrario, las mujeres casadas aparentemente incrementaban sus ingresos en respuesta a los descensos a largo plazo de la satisfacción marital (Rogers, 1999; citado por Rogers y DeBoer, 2001)

Scanzoni (1978; citado por Rogers y DeBoer, 2001) aporta una visión contraria, diciendo que la contribución económica de la mujer al hogar es la base de las relaciones maritales satisfactorias y es necesaria para establecer una igualdad entre la pareja y una efectiva interacción marital. El trabajo de las esposas y el ingreso económico que aportan al hogar está asociado con una distribución más igualitaria del cuidado de los hijos, intereses compartidos y una mayor preocupación del uno por el otro como individuos; lo cual contribuye a una mayor felicidad marital.

La mayoría de las mujeres en la fuerza laboral desempeñan también roles familiares; debido a esto, para ellas en particular, la calidad de su vida en el trabajo está ligada a la calidad de la relación marital y a la calidad de la relación madre-hijo (Piotrkowski, 1984; Piotrkowski y Katz, 1982; citados por Baruch et al., 1987)

A lo largo del curso de vida, las personas van adoptando múltiples roles sociales. El significado, prioridad o importancia que las personas otorgan a un determinado rol depende de la presencia o ausencia de otros roles (McMillan y Copher, 2005). Por esta razón es importante mencionar que para los matrimonios donde ambos miembros trabajan las largas horas en el trabajo pueden tener una influencia positiva en la calidad marital cuando reflejan metas compartidas para salir adelante y una influencia negativa cuando no es así (Booth, Johnson y Granger, 2005).

El amor es considerado esencial para predecir la satisfacción marital en parejas donde ambos trabajan ya que la falta de amor es una de las tres causas más citada como precipitante de una separación marital (Worthington et al., 1997; Kincaid y Caldwell, 1995; citados por Perrone y Worthington, 2001).

4. Satisfacción Marital

4.1 Factores que Influyen en la Satisfacción Marital

Los conceptos “ajuste marital”, “satisfacción marital”, “felicidad marital”, y otros, han sido usados para describir la calidad de las relaciones matrimoniales. Calidad matrimonial, por lo tanto, está definida como una evaluación subjetiva de las relaciones de una pareja casada, y se considera como un concepto dinámico, mientras la estabilidad matrimonial, denota un éxito del proceso que involucra la formación dual a través del tiempo (Margalef, 2006).

La satisfacción en la pareja según Asili et al., (1995) empieza con la aceptación del cónyuge tal y como es, es la renuncia a tratar de modificarlo a fuerza para que complazca el modelo que se tiene de buen esposo o esposa.

De acuerdo con Anderson y McCulloch (1993) la relación marital representa el único sustento de relaciones interpersonales, ya que es la más potencial y significativa de todas las relaciones familiares. El apoyo conyugal y la calidad marital, son aspectos relacionados con el matrimonio.

Al hablar de satisfacción marital se debe de tener claro que ésta no es una propiedad de la pareja, sino una característica de cada individuo. Por esta razón en un matrimonio puede haber un miembro muy satisfecho y el otro insatisfecho. Diferentes estudios muestran que aunque existe una tendencia a que los esposos felices tengan esposas felices y esposos infelices estén casados con esposas infelices también existen mezclas de ambos (Broderick, 1992).

Rogers y May (2003) encontraron que la calidad matrimonial es un factor muy influyente, destacando así la importancia de las relaciones maritales en la vida de los individuos. Thoits (1992; citado por Rogers y May, 2003) indica que ser esposo/a sobresale en mayor grado entre los autoconceptos de las mujeres casadas y hombres casados, seguido de ser padres. En contraste, ser un trabajador se sitúa cinco rangos abajo tanto para hombres como para mujeres, teniendo rangos más altos la amistad. De acuerdo a estos estudios las relaciones maritales ocupan un lugar más central y más significativo en la vida de los individuos casados que lo que es un trabajo gratificante.

El afecto positivo, factor que se asocia con variables relacionadas con la satisfacción en diferentes áreas de la vida, sobre todo en la satisfacción marital,

precede la satisfacción con la familia, con los amigos y con las amplias redes sociales (Brodbar, 1986; citado por Margalef, 2006)

Recientes investigaciones sostienen que las características positivas individuales facilitan la adquisición, el desarrollo y la conservación de las relaciones interpersonales satisfactorias (Carpenter, Hansson, Rountree y Jones, 1983; citados por Long y Andrews, 1990).

El enfoque conductista acerca del matrimonio asume que la felicidad derivada de una relación íntima a largo plazo, como lo es el matrimonio, es una función de la continua proporción coste/beneficio en las interacciones hombre-mujer, así como del nivel de comparación hecha por cada miembro de las fuentes alternativas de refuerzo. Dependiendo del tiempo, energía y recursos requeridos por la relación y dependiendo de los correspondientes beneficios recibidos, los compañeros permanecerán el uno con el otro o buscarán una relación aparte que sea menos costosa y más recompensada (Sholevar, 1986).

Los factores positivos que influyen en la satisfacción marital de acuerdo con Ono (1998; citado por Perrone y Worthington, 2001) son de tres tipos:

1. Los matrimonios tienen mayores recursos para vivir, tanto materiales como sociales y psicológicos, que les dan fuerza para mantener y apoyar sus roles sociales.
2. Cabe destacar que los matrimonios poseen características en su relación que contribuyen a la satisfacción marital, tales como amor, satisfacción sexual y la comunicación.
3. Los matrimonios poseen mecanismos de afrontamiento para manejar eventos negativos o crisis, demandas, eventos catastróficos, percepciones de inequidad de rol entre otros.

López-Ibor (1983; citado por Burguetle, 1996) afirma que una pareja tiene satisfacción marital cuando existen las siguientes características:

1. Armonía entre los cónyuges.
2. Hay placer mutuo.
3. Existe atracción entre ambos.
4. Hay unión hacia la otra persona siempre dejándolo ser y permitiéndole libertad.
5. Existe un proyecto de vida en común así que las dos partes trabajan para buscar armonía y el bienestar de la pareja.

6. Los defectos se comprenden y se aceptan.

De acuerdo con Kirkpatrick (1955; citado por Gardillo, 2000) existen diversas características que hacen que un matrimonio sea exitoso:

1. felicidad en el matrimonio de los padres
2. amplia duración en el noviazgo
3. adecuada educación sexual
4. infancia feliz
5. aprobación del matrimonio por parte de los padres y de las demás personas importantes
6. ajuste en el noviazgo y motivación para el matrimonio
7. igualdad étnica y religiosa
8. posición social y nivel educativo
9. edad, preferencias, intereses y formación ideológica similares.

Una serie de investigaciones realizadas por Fitzpatrick (1988; citado por Gottman, 1993) dieron lugar al establecimiento de la existencia de tres tipos de parejas felizmente casadas. Nombró a estos tres tipos de pareja: tradicionales, independientes y separadas. Encontró que las parejas tradicionales tienden a evitar el conflicto, pero son capaces de discutir sobre los temas más importantes en la relación. Así mismo, los roles sexuales tienden a ser estereotipados y enfatizan en las metas y valores de ambos sobre los suyos individuales. Comparten el espacio y hay regularidad en sus horarios individuales.

Las parejas independientes son muy diferentes a las tradicionales; ya que creen que la individualidad debe ser enfatizada y reforzada por el matrimonio. Por lo que cada miembro debe contar con privacidad e independencia dentro del matrimonio. Sus discusiones son a través de negociaciones, no les importa expresar desacuerdos o sentimientos negativos, estereotipan poco los roles sexuales. Su matrimonio es igualitario. En su hogar suelen tener espacios físicos separados y controlan el acceso a ellos. No tienen un horario diario regular.

El tercer tipo son las parejas separadas, que se caracterizan por su separación y distanciamiento interpersonal. Su nivel de compartir y de

compañerismo es bajo, pero ellos valoran su separación y mantienen su autonomía en el uso del espacio; tienden a evitar cualquier conflicto matrimonial.

Un estudio realizado por Amato, Johnson, Booth y Rogers (2003) mostró que el cambio social durante las últimas dos décadas del siglo 20 tuvieron grandes y contradictorios efectos en la satisfacción marital. Algunos de estos cambios tales como el aumento en la edad de casamiento, una posible decadencia en la duración del matrimonio, el aumento en la educación, el decremento de la fertilidad marital, incremento de las ganancias de las esposas y su aportación al ingreso familiar, el aumento en la igualdad de toma de decisiones y un posible aumento en la religiosidad, pueden haber mejorado la calidad de los matrimonios.

Aunque existe conocimiento esparcido de que la materia y sustancia de una relación interpersonal es la interacción de conductas entre los miembros de la pareja, también se debe añadir que el significado y las implicaciones de esta interacción de conductas no puede ser del todo comprendido sin considerar el amplio contexto en que estas interacciones ocurren (Berscheid, 1995; citado por Bradbury, Finchman y Beach, 2000)

Gilford y Bengston (1979) no hablan de la satisfacción en los matrimonios en términos globales; sugieren que se debe prestar atención a dos ciclos de vida dentro del matrimonio: el patrón de recompensas positivas y el patrón de recompensas negativas. Sus investigaciones revelan que los primeros años de matrimonio representan un tiempo de recompensas y costos muy altos, en el que hay gran intensidad en la relación y también mucha ambivalencia. En los años medios observaron un decaimiento en los costos y en los beneficios; mientras que los últimos años del matrimonio se caracterizan por un descenso continuo de los aspectos negativos del matrimonio y un aumento de los aspectos positivos.

4.2 Insatisfacción Marital

Lo insatisfactorio se puede entender como aquello que al terminar un deseo o necesidad produce tristeza, malestar, odio, envidia o cualquier otra cosa desagradable (Asili et al., 1995).

La insatisfacción marital como su nombre lo dice, refleja una evaluación del matrimonio, en la cual las características negativas sobresalen y las características positivas están relativamente ausentes. Por el contrario en la satisfacción marital como se vio anteriormente, las características positivas sobresalen y las negativas están relativamente ausentes (Bradbury et al., 2000).

De acuerdo con Ellis y Harper (1961; citados por Brehm, 1992) la insatisfacción marital sobreviene cuando un miembro de la pareja tiene expectativas muy altas de perfección sobre el otro miembro, y el comportamiento actual de este miembro no concuerda con lo que el otro espera. Fue así como Eidelson y Epstein (1982; citados por Brehm, 1992) desarrollaron un inventario de creencias dentro de las relaciones donde identificaron cinco expectativas disfuncionales en las relaciones íntimas.

1. Cualquier tipo de desacuerdo entre la pareja es destructivo y dañino para la relación.
2. La creencia de que las parejas que realmente se aman son capaces de percibir las necesidades del otro sin que exista una comunicación directa.
3. La creencia de que los individuos no cambian y que por lo tanto la relación permanecerá fija y sin ningún cambio.
4. La creencia de que las relaciones sexuales siempre deben ser perfectas y sin errores.
5. La última expectativa errónea es la creencia de que los hombres y las mujeres se diferencian uno del otro tan radicalmente en todos los aspectos que es imposible encontrar igualdad en la relación.

Los acontecimientos de la vida, ya sean positivos o negativos demandan recursos de la pareja. Particularmente los eventos negativos pueden crear ansiedad o estrés psicológico, lo cual provoca el consumo de recursos adicionales (Williams, 1995).

Asimismo Kirchler (citado por Carvajal, 1999) asegura que la satisfacción marital juega un papel distinto para cada tipo de pareja en relación con el tiempo que se invierte en la misma. Parejas que están contentas con su matrimonio invierten un índice de tiempo siete horas diarias en él, mientras que

las parejas descontentas con su matrimonio el índice se reduce a cinco horas diarias. Así las parejas contentas en su matrimonio pasan más tiempo juntas en el hogar e invierten más tiempo en planes y discusiones sobre temas personales y menos tiempo en conflicto.

Pineo (1961; citado por Lee, 1989) observó que después de veinte años de matrimonio, los indicadores de satisfacción marital tienden a disminuir.

Algunos estudios reportan que la satisfacción marital tiende a deteriorarse constantemente después del matrimonio, alcanzando su mínimo en la edad adulta media, e incrementando de nuevo solo cuando los hijos se van del hogar. La mayoría de las investigaciones muestran que la llegada de los hijos acarrea un peligroso decremento en la satisfacción marital (Gottman y Clifford, 2002).

La insatisfacción marital también se relaciona con la sobrecarga de roles. Lo cual quiere decir que cuando el esposo percibe o siente una sobrecarga de trabajo, esto se asocia con baja satisfacción marital. De igual manera cuando las esposas perciben que cuando las demandas del trabajo y las necesidades de la familia le ocasionan una sobrecarga entonces existe una relación con la insatisfacción marital (Booth et al., 2005).

5. Calidad de Vida

5.1 Aspectos Generales de la Calidad de Vida

El programa de Salud Mental de la OMS, en el Foro Mundial de la Salud realizado en 1996, definió la calidad de vida como la manera en que el individuo percibe el lugar que ocupa en el entorno cultural y en el sistema de valores en que vive, así como en relación con sus objetivos, expectativas, criterios y preocupaciones; todo ello matizado por las siguientes dimensiones (Cardona, Estrada y Byron, 2003):

1. Físico: dolor, malestar, energía, cansancio, sueño, descanso.
2. Psicológico: sentimientos positivos y negativos, labor de reflexión, aprendizaje, memoria, concentración, autoestima, imagen y apariencia corporal.

3. Grado de Independencia: movilidad, actividades de la vida diaria, dependencia respecto a medicamentos o tratamientos, capacidad de trabajo.
4. Relaciones Sociales: relaciones personales, apoyo social, actividad sexual.
5. Entorno: seguridad física, entorno doméstico, recursos financieros, atención sanitaria y social, actividades recreativas, entorno físico, transporte.
6. Espiritual (espiritualidad, religión, creencias personales).

Por su parte Felce y Perry (1995; citados por Cardona et al., 2003) encontraron tres modelos conceptuales de Calidad de Vida que ellos complementaron con una cuarta:

1. Calidad de vida definida como la calidad de las condiciones de vida de una persona.
2. Calidad de vida como la satisfacción experimentada por la persona con dichas condiciones vitales.
3. Calidad de vida como la combinación de componentes objetivos y subjetivos, es decir, calidad de las condiciones de vida de una persona junto a la satisfacción que ésta experimenta.
4. Calidad de vida como la combinación de las condiciones de vida y la satisfacción personal, ponderadas por la escala de valores, aspiraciones y expectativas personales.

Según Dorsch (1985; citado por Asili, 1995) la calidad de vida puede definirse como el criterio a través del cual la persona juzga en qué medida las circunstancias de la vida aparecen como satisfactorias o insatisfactorias y necesitadas de mejora. Por lo que la persona va a sentir su vida de calidad siempre y cuando las evaluaciones de las circunstancias en las que esté viviendo sean satisfactorias.

Otra designación de la calidad de vida es la calidad de la vivencia que de la vida tienen los sujetos; implica un estado de sensación de bienestar y su objetivo es la satisfacción de las necesidades y demandas del individuo en cada etapa de su vida (Cardona, Estrada y Agudelo, 2003).

La calidad de vida implica a un sujeto necesariamente, el cual hará la evaluación; así el único juez para medirla es la propia persona. No hay reglas acordadas para cada uno de los diferentes elementos que constituyen la calidad de vida y tampoco hay reglas generales que se relacionen con la importancia de uno u otro elemento para conocer con certeza la vida de la persona. Por lo tanto la calidad de vida no se toma como un concepto abstracto o fenómeno universal, sino como un fenómeno relativo, particular y contextual (Jylhä (1994; citado por Heikkinen, 1995).

Fernández-Ballesteros (1998; citado por Arita, Romano, García y Félix, 2005) al definir el concepto de calidad de vida plantea que dos son las principales posturas que se debaten actualmente al investigar sobre el tema: la primera sostiene que la calidad de vida se refiere exclusivamente a la percepción subjetiva del individuo acerca de ciertas condiciones de su vida, mientras que la segunda considera que el concepto debe incluir tanto las condiciones subjetivas (relacionadas con la evaluación o apreciación del sujeto de diferentes condiciones de vida) como las objetivas (condiciones evaluadas independientemente del sujeto).

5.2 Calidad de Vida y Satisfacción Marital

Existen ocho áreas importantes para determinar la calidad de vida de la persona adulta: vida intelectual, vida familiar, vida física, vida social, vida emocional, vida económica, vida espiritual y vida laboral. Por el propósito de este trabajo se prestará atención al área de la vida familiar, ya que la pareja, que constituye la relación conyugal, los hijos, los hermanos y los padres son partes esenciales para la calidad de vida familiar (Asili et al., 1995).

Evans et al. (1993) reportan que el crecimiento personal, las relaciones maritales y la ocupación son partes de la calidad de vida. Menciona así, que para quien vive una relación con otra persona, la calidad de la relación es un componente muy importante para la calidad de vida. Así como, la satisfacción marital, la expresividad y la intimidad son factores que se relacionan también con la calidad de vida.

La calidad de la relación de pareja, como se cito anteriormente, se relaciona con la calidad de vida. Así lo muestran Campbell y cols (1976; citados por Roizblatt, Rivera, Fuchs, Kaslow, Flores y Cerda, 1999) quienes

observaron que la satisfacción marital ocupa el segundo lugar en correlación más alta con la calidad de vida después de la satisfacción con la vida familiar.

Es por esto que Margalef (2006) afirma que en las sociedades modernas prácticamente nadie parece contradecir que la mayoría de la gente casada expresa que la calidad de su matrimonio tiene un fuerte efecto en su felicidad, satisfacción y calidad en la vida.

De igual manera Beiser (citado por Beckman, 1978; citado por Margalef, 2006) mantiene que la calidad de la relación de pareja está también relacionada con la calidad de vida, ya que existe evidencia empírica que sustenta que la satisfacción marital es uno de los mejores pronosticadores de la felicidad.

6. Planteamiento del Problema

Se ha observado que la etapa del *nido vacío* representa una transición de la vida con hijos a una etapa sin hijos en la que la pareja debe retomar su interacción y propio sentido. Cuando los hijos se van de la casa, las parejas cambian de un matrimonio enfocado en los hijos a un matrimonio enfocado en actividades. Ahora los trabajos y actividades respectivos de cada uno pueden absorber el tiempo y energía que originalmente iban dirigidos y enfocados a los hijos (Arp, 2000).

Desafortunadamente, un exceso de actividades puede impedir que la pareja haga de su matrimonio una verdadera unión, donde el matrimonio vuelve a ser más personal y más satisfactorio en la medida en que cada miembro de la pareja se vuelva a enfocar en la relación, acrecentando la amistad, disfrutando uno del otro y siendo más cercanos. Si la pareja no se mantienen unida, reafirmando su crecimiento juntos, compartiendo actividades que sean agradables para ambos y acrecentando el tiempo que comparten juntos entonces el lazo que los une se ira debilitando en los años venideros y por consiguiente la satisfacción marital disminuirá (Arp, 2000).

El trabajo y los roles matrimoniales son unos de los aspectos más importantes en la vida adulta y tanto las mujeres como los hombres casados tienden actualmente a compartir en mayor medida responsabilidades

económicas y domésticas a través del curso de la vida (Moen, 1992; Spain y Bianchi, 1996; citados por Rogers y May, 2003). Es ahora cuando ambos miembros del matrimonio deben ser capaces de apoyarse el uno al otro en cualquiera de sus múltiples roles (Brehm, 1992); sin olvidar que el tiempo que comparte la pareja unida es también importante (Surra y Longstreth, 1990; citados por Brehm, 1992).

Hochschild (1997; citado por Kiecolt, 2003) encontró que para muchas parejas, el trabajo gana prioridad sobre el hogar como una fuente de amistad, de logro, significado y hasta de relajación. Éste revés cultural como él lo llama tiene consecuencias negativas ya que representa una menor inversión en la vida familiar. Las personas no sólo se sienten más atraídas por su trabajo sino que pasan más tiempo en ellos para evitar pasar mayor tiempo en sus casas. La hipótesis del revés cultural estipulada por Hochschild implica que el porcentaje de personas que se encuentran más satisfechas con el trabajo que con la vida familiar ha ido aumentando con el paso del tiempo; como consecuencia la satisfacción con la vida familiar disminuye (Waite, 2000; citado por Kiecolt, 2003) y también la satisfacción marital (Glenn, 1998; Rogers y Amato, 1997; citados por Kiecolt, 2003).

Lo que mejor designa la calidad de vida es la calidad de la vivencia que de la vida tienen los sujetos; implica un estado de sensación de bienestar y su objetivo es la satisfacción de las necesidades y demandas del individuo en cada etapa de su vida (Cardona, Estrada y Agudelo, 2003).

La satisfacción marital es la actitud de favorabilidad o desfavorabilidad hacia la propia relación marital (Roach et al., 1981; citados por Margalef, 2006) y representa el único sustento de relaciones interpersonales, ya que es la más potencial y significativa de todas las relaciones familiares (Anderson y McCulloch, 1993).

Es por esto que Margalef (2006) afirma que en las sociedades modernas prácticamente nadie parece contradecir que la mayoría de la gente casada expresa que la calidad de su matrimonio tiene un fuerte efecto en su felicidad, satisfacción y calidad en la vida. De igual manera Beiser (citado por Beckman, 1978; citado por Margalef, 2006) mantiene que la calidad de la relación de pareja está también relacionada con la calidad de vida, ya que existe evidencia

empírica que sustenta que la satisfacción marital es uno de los mejores pronosticadores de la felicidad.

Numerosos estudios sugieren una relación entre la satisfacción laboral y la satisfacción general en la vida o calidad de vida (Séller, 1987; Lance et al., 1989; Near, Rice, y Hunt, 1987; citados por Evans, Pellizzari, Culbert, y Metzen, 1993). Evans et al. (1993) afirman que el crecimiento personal, las relaciones maritales y la ocupación son factores importantes en la calidad de vida. Sin embargo, la relación se considera afectada por la centralidad de la experiencia del trabajo en la vida del individuo (Brief y Hollenbeck, 1985; Near et al., 1987; citados por Evans et al., 1993)

Por todo lo anterior surgieron los siguientes cuestionamientos: ¿Existe alguna diferencia entre la Satisfacción Marital de los matrimonios que pasan por la etapa del *nido vacío* cuando ambos miembros trabajan y cuando alguno de ellos no trabaja? ¿Afecta el trabajo a la Satisfacción Marital cuando los matrimonios pasan por la etapa de *nido vacío*? ¿Se relaciona el nivel de calidad de vida y la satisfacción marital en matrimonios que pasan por la etapa del *nido vacío* cuando ambos miembros trabajan y cuando alguno de ellos no trabaja? ¿Afecta el trabajo a la calidad de vida y por consiguiente a la satisfacción marital cuando los matrimonios pasan por la etapa del *nido vacío*?

Así, el objetivo general de esta investigación es hacer una comparación e investigar si hay diferencias entre la Satisfacción Marital y la Calidad de Vida en una muestra de matrimonios que pasan por la etapa del *nido vacío*, cuando ambos miembros trabajan y cuando la mujer no trabaja.

Por lo tanto se llegó a las siguientes hipótesis:

1. La Satisfacción Marital en la etapa del *nido vacío* es menor en mujeres casadas que trabajan que en mujeres casadas que no trabajan.
2. La Satisfacción Marital en la etapa del *nido vacío* es menor en hombres casados cuya pareja trabaja que en hombres casados que tienen una pareja que no trabaja.
3. La Calidad de Vida en la etapa del *nido vacío* es menor en mujeres casadas que trabajan, que en mujeres casadas que no trabajan.

4. La Calidad de Vida en la etapa del *nido vacío* es menor en hombres casados cuya pareja trabaja, que en hombres casados que tienen una pareja que no trabaja.